



CASSANDRA CLARE

La Reina del Aire y la Oscuridad

CAZADORES DE SOMBRAS
RENACIMIENTO

DESTINO

LIBRO 3

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Primera Parte

1. La muerte mira hacia abajo
2. Melancólicas aguas
3. Descanso eterno
4. Nada de lo nuestro
5. Desierto de cristal
6. Desde una soberbia torre
7. Flores de piedra
8. Cenadores largo tiempo olvidados
9. Majestuosos salones
10. Muchos maravillosos santuarios
11. Algún lejano mar más feliz
12. Bajo el cielo
13. Babilonia
14. La viola, la violeta y la viña
15. Las torres y las sombras
16. Mil tronos

Segunda parte

17. En una extraña ciudad
18. El infierno se alza
19. Los muertos enjoyados
20. Las horas respiran
21. No caen rayos del cielo
22. El peor y el mejor

23. De vientos soplando
24. La larga noche
25. Por los agitadores vientos
26. Un revuelo en el aire
27. De aquí y de allí

Tercera parte

28. Y las sombras allí
29. Tientan a las aguas
30. Las riquezas que allí se hallan
31. Un brillo más rojo
32. Caen del cielo
33. Reverencia
34. Ciudad en el mar

Epílogo

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Se ha vertido sangre inocente en el Salón del Concilio, y la guerra civil parece inminente. Una parte de la familia Blackthorn vuela a Los Ángeles para descubrir el origen de la enfermedad que está destruyendo a los warlocks. Mientras tanto, Julian y Emma intentan desesperadamente deshacer el amor que les une y centrarse en una peligrosa misión por el Libro Negro de los Muertos.

Pero lo que descubren es un secreto tan terrible que puede destruir el mundo de las sombras por completo. Atrapados en una carrera contra reloj, Emma y Julian tendrán que salvar el mundo de los Cazadores de Sombras antes que la maldición de los parabatai destruya todo aquello cuanto aman.

CAZADORES DE SOMBRAS: RENACIMIENTO

La reina del Aire y la Oscuridad

Cassandra Clare

Traducción de Patricia Nunes

DESTINO

Para Sara. Ella ya sabe lo que hizo.

¡Mirad! La muerte se ha erigido un trono
en una extraña ciudad que se alza sola
en lo más profundo del sombrío oeste,
donde el bueno y el malo, el peor y el mejor
han hallado el descanso eterno.
Allí los santuarios, palacios y torres
(¡torres roídas por el tiempo, que no tiemblan!)
no se parecen a nada de lo nuestro.
Alrededor, olvidadas por los agitadores vientos,
bajo el cielo, resignadas,
yacen sus melancólicas aguas.
Ningún rayo del santo cielo cae
durante la larga noche de esa ciudad;
mas la luz que sale del escabroso mar
sube en silencio brillando por sus torres,
ilumina los pináculos de aquí y de allí:
las cúpulas, los campanarios, los majestuosos salones,
los templos, los babilónicos muros,
los oscuros cenadores largo tiempo olvidados
de hiedra esculpida y flores de piedra,
los muchos y muchos maravillosos santuarios
en cuyos frisos se entrelazan
la violeta, la viola y la viña.
Bajo el cielo, resignadas,
yacen sus melancólicas aguas.
Tanto se confunden las torres y las sombras allí
que todas parecen oscilar en el aire,
mientras desde una soberbia torre en la ciudad
la muerte mira, gigantesca, hacia abajo.

*Allí los templos abiertos y las enormes tumbas
bostezan a la altura de las luminosas olas.
Pero ni las riquezas que ahí se hallan
en el diamantino ojo de cada ídolo,
ni los muertos, festivamente enjoyados,
incitan a las aguas a moverse de su lecho;
pues no se curva onda alguna ¡ay!
a lo largo del desierto de cristal.
Ninguna crecida habla de vientos soplando
sobre algún lejano mar más feliz,
ni burbujas sugieren que los vientos hayan estado
en mares menos horriblemente serenos.
Pero ¡mirad! ¡Un revuelo en el aire!
La ola, ¡hay movimiento allí!
Como si las torres hubiesen apartado,
con su leve hundimiento, la aburrida marea.
Como si sus crestas hubiesen débilmente creado
un vacío en la gasa del cielo.
Las olas tienen ahora un brillo más rojo,
las horas respiran tenues y graves.
Y cuando, entre gemidos no de esta tierra,
abajo, abajo, esa ciudad por siempre se asiente,
el infierno, alzándose desde mil troncos,
le mostrará reverencia.*

E D G A R A L L A N P O E,
Ciudad en el mar

PRIMERA PARTE

No sienten pena

En la Tierra de las Hadas,
como los mortales no sienten pena,
tampoco pueden sentir alegría.

P ROVERBIO FEÉRICO

1

La muerte mira hacia abajo

Había sangre sobre el estrado del Consejo, sangre sobre los escalones, sangre en las paredes, el suelo y los restos destrozados de la Espada Mortal. Más tarde, Emma lo recordaría como una especie de neblina roja. Unos versos le daban vueltas en la cabeza, algo sobre no ser capaz de imaginar que la gente tuviera tanta sangre.

Se decía que la impresión amortiguaba los grandes golpes, pero Emma no sentía ninguna amortiguación. Podía verlo y oírlo todo: el Salón del Consejo lleno de guardias, los gritos. Intentó abrirse paso hasta Julian. Los guardias se iban alzando ante ella como una ola. Oyó más gritos: «¡Emma Carstairs ha roto la Espada Mortal! ¡Ha destrozado un Instrumento Mortal! ¡Arrestadla!».

No le importaba lo que le hicieran; tenía que llegar hasta Julian. Este seguía en el suelo con Livvy en brazos, resistiéndose a todos los esfuerzos de los guardias por arrebatarse el cadáver de la pequeña.

—Dejadme pasar —insistía Emma—. Soy su *parabatai*, dejadme pasar.

—Dame la espada. —Era la voz de la Cónsul—. Dame a Cortana, Emma, y podrás ayudar a Julian.

Ella ahogó un grito y notó el sabor de la sangre en la boca. Alec se hallaba en el estrado, arrodillado ante el cadáver de su padre. El salón era una masa de gente que corría de un lado a otro; entre ellos, Emma vislumbró a Mark,

que sacaba de la sala a un inconsciente Ty, empujando a los otros nefilim para abrirse paso. Parecía más serio de lo que Emma lo había visto nunca. Kit iba con él. ¿Dónde estaba Dru? Allí, sola en el suelo. No, Diana estaba con ella, abrazándola y llorando, y luego estaba Helen, que luchaba por llegar al estrado.

Emma dio un paso atrás y casi se cayó. El suelo de madera estaba resbaladizo por la sangre. La Cónsul Jia Penhallow seguía ante ella, con la delicada mano tendida hacia *Cortana*. *Cortana*. La espada era parte de la familia de Emma, había estado en su vida desde que tenía uso de razón. Aún recordaba a Julian poniéndosela entre los brazos después de la muerte de sus padres, y de cómo la había aferrado contra sí como si fuera un niño, sin importarle el profundo corte que la hoja le dejaba en el brazo.

Jia le estaba pidiendo que le entregara una parte de sí misma.

Pero Julian estaba allí, solo, vencido por el dolor, empapado en sangre. Y él era aún más parte de ella que la propia *Cortana*. Emma rindió la espada; y al notar que se la sacaban de la mano se le tensó todo el cuerpo. Casi le pareció oír gritar a *Cortana* al ser separada de ella.

—Ve —dijo Jia. Emma oyó otras voces, incluida la de Horace Dearborn, que se alzaban exigiendo que la detuvieran, que la destrucción de la Espada Mortal y la desaparición de Annabel Blackthorn no debían quedar sin castigo. Jia lanzaba secas órdenes a los guardias, diciéndoles que sacaran a todo el mundo del salón: ese era un momento para el dolor, no para la venganza; encontrarían a Annabel... «Sal con dignidad, Horace, o haré que te echen. Ahora no es el momento.» Aline ayudaba a Dru y a Diana a ponerse en pie, las ayudaba a salir de la estancia...

Emma se dejó caer de rodillas junto a Julian. El olor metálico de la sangre lo llenaba todo. Livvy era una forma desmadejada entre sus brazos; su piel tenía el color de la leche desnatada. Julian había dejado de llamarla y pedirle que regresara, y la estaba meciendo como si fuera un bebé, con la barbilla apoyada en la coronilla de la niña.

—Jules —susurró Emma, pero la palabra le supo amarga en la boca: ese era el nombre que le había dado de pequeños, y él ya era un adulto, sufriendo por un familiar. Livvy no solo había sido su hermana; durante años la había criado como a una hija—. Julian. —Le acarició la fría mejilla y luego la de Livvy, aún más fría—. Julian, amor, por favor, déjame ayudarte...

Lentamente, él alzó la cabeza. Parecía que alguien le hubiera tirado un cubo de sangre por encima. Le cubría el pecho y el cuello, y le salpicaba la barbilla y las mejillas.

—Emma. —Su voz no era más que un susurro—. Emma, he dibujado tantos *iratzes* ...

Pero Livvy ya había muerto antes de tocar el suelo de madera del estrado. Ninguna runa ni *iratze* hubiera podido ayudarla.

—¡Jules! —Por fin Helen se había colado entre los guardias; se dejó caer junto a Emma y Julian, sin pensar en la sangre. Emma observó anonadada a Helen arrancar el trozo roto de la Espada Mortal del cuerpo de Livvy y dejarlo en el suelo. Le manchó las manos de sangre. Con los labios blancos por el pesar, rodeó a Julian y a Livvy con los brazos, mientras susurraba palabras tranquilizadoras.

El salón se vaciaba a su alrededor. Magnus había entrado; estaba muy pálido y caminaba lentamente. Subió al estrado, y Alec, al verlo, se levantó y se tiró a sus brazos. Se abrazaron en silencio mientras cuatro Hermanos se arrodia-

llaban y alzaban el cadáver de Robert Lightwood. Le habían colocado las manos sobre el pecho y cerrado los ojos. Suaves murmullos de «*ave atque vale*, Robert Lightwood» fueron resonando tras él mientras los Hermanos lo sacaban del salón.

La Cónsul se acercó a Julian, acompañada de varios guardias. Los Hermanos Silenciosos flotaron tras ellos, como fantasmas; formas apergaminadas.

—Tienes que dejarla ir, Jules —dijo Helen con voz muy tierna—. Tienen que llevarla a la Ciudad Silenciosa.

Julian miró a Emma. Sus ojos eran tan duros como un cielo de verano, pero Emma supo leerlos.

—Dejadle que lo haga él —pidió Emma—. Quiere ser la última persona que transporte a Livvy.

Helen acarició el pelo a su hermano y lo besó en la frente antes de alzarse.

—Jia, por favor —suplicó.

La Cónsul asintió. Julian se puso en pie lentamente con Livvy entre los brazos, y avanzó hacia la escalera que descendía del estrado; Helen iba a su lado y los seguían los Hermanos Silenciosos, pero cuando Emma también se levantó, Jia alzó la mano para detenerla.

—Solo la familia, Emma —le dijo.

«Soy de la familia. Déjame ir con ellos. Déjame ir con Livvy», gritó Emma en silencio, pero mantuvo la boca cerrada con fuerza: no podía añadir su propia pena al horror existente. Y las reglas de la Ciudad Silenciosa eran inamovibles. La Ley es dura, pero es la Ley.

La pequeña procesión iba hacia la puerta. La Cohorte se había marchado, pero aún quedaban algunos guardias y otros cazadores de sombras por la estancia: un suave coro de «*ave atque vale*, Livia Blackthorn» la fue siguiendo.